

los otros países en que todavía no desembarca este hombre de verdades. El irá a Chile, y seguirá por el Pacífico hasta Colombia, atendiendo convites numerosos, y no poco efusivos, que le siguen llegando. El ha trinchado la América nuestra por el pedazo que es el más firme, según el decir corriente; se puede pensar que cuando mastique el resto sienta menos complacencia todavía y corrija más fuerte y más tupido.

Hay que dejarlo decir, no sólo con cortesía, sino con un buen poco de agradecimiento. Entre las cosas que faltan en nuestros trigos está la buena crítica y la saludable oposición. Lo cual no quiere decir que allá vivamos nadando en la melaza de nuestra caña y cambiando de la mano a la mano un lindo colibrí por un lindo colibrí. Nos golpeamos, pero con rabia, muy congestionados o muy biliosos, muy colorados o muy amarillos, y eso no vale y no convence de ninguna cosa. Tenemos crítica literaria dentro de esa misma modalidad fisiológica. Nos falta la crítica de las costumbres, que es la que ha hecho Ortega y Gasset, y una crítica más panorámica que detallista. Nos faltan ojos topográficos, una mirada sin interés de engañarnos y con cierto deseo, de ingeniero pariente, de que nuestra topografía—suelo y paisaje—sea firme hoy y pulida mañana. Esta mirada no puede ser otra que la española. Las razones son pergrullescas: los españoles no son tan nuestros que tartamudeen para confesar nuestra llaguita o nuestro simple rengueo; ni son tan extraños que, al tocarnos el tejido y el tendón, deje de dolerles lo magullado que vean y lo fofo que hurguen.

Ortega y Gasset está exento de ese internacionalismo oblicuo, que suele ser un «amar a todos, porque no importa mucho ninguno». Le conocemos, en vez de eso, un cuidado ceñido, que a trechos toma su poquito de trémolo, por el destino de la raza española.

Podemos decir, siempre que no exageremos demasiado, que la vida americana, la institución americana, el «campeonato» americano, le importan de veras y le retienen el ojo bastante tiempo. El que le importamos se prueba con este voltear lo visto, con este organizar sus sensaciones argentinas, con este revisar lo pensado de prisa y también con este reincidir en el viaje.

Aceptemos este crítico, a riesgo de no aceptar ninguno, si este juicio suyo, tan probo y tan refrenado, tan familiar de tono y tan poco cesáreo, nos saca de quicio.

Ni por casualidad ni por malignidad Ortega y Gasset ha apuntado su primera flecha hacia nuestra vanidad. Profesores franceses, de regreso de América, confían al suramericano de París el mismo reparo, el mismo disgusto, cuando éste es uno capaz de escuchar lo desagradable, de dejarse correr la hiel por la oreja:

«Demasiado envalentonados por su holgura, demasiado vanidosos por el éxito... de la Naturaleza; demasiado orondos por una civilización pintona aún, y que camina hacia una cultura; pero que no puede llegar todavía por leyes humanas y divinas...»

Corriendo el termómetro de Méjico a

Chile esta fiebre de la vanidad—porque es una calentura—entrega grados más grados menos, pero en ningún paralelo baja a cero, en ninguna frontera se deja esta malaria, y en el siguiente recibe al viajero con su cara conocida y sigue con él hasta Estados Unidos, donde desaparece cortada como por cuchillo, puede decirse, degollada.

El Sagitario apuntó bien a nuestro defecto más corpulento. Al cabo, la vanidad es un achaque de pueblo niño o de pueblo senil y ha de curársenos en la edad viril. Peores son las avaricias y los

belicismos nacionales y pútridos de la Europa llamada europea⁽¹⁾.

El flechero puede ir sacando las demás flechas; para mí que ellas van a herir menos que la primera, aun cuando señalen defectos más feos. Resulta que, al revés del buen teólogo, a nosotros nos avergüenza mucho más el defecto que el vicio, y nos duele el doble, por ejemplo, el que nos llamen vanidosos que el que nos llamen crueles, el que nos apunten el pavo real armado que el que nos descubran el jaguarcito también evidente y listo para el salto.

Gabriela Mistral

Santa Margherita Liguri, julio, 1930.

España docente

= De Atenea. Concepción, Chile =

Se multiplican las visitas de escritores franceses a España. Conferencias y conversaciones, fecundo intercambio espiritual. A París vienen con frecuencia escritores y artistas de más allá de los Pirineos. Gómez de la Serna que quisiera establecerse en París. Enrique Díez Canedo, el notable crítico, que estudia el movimiento teatral. Ors, que asiste como delegado de la península a las sesiones del Instituto de Cooperación intelectual. Ortega, saludado como joven maestro. Don Rafael Altamira, que en plena Sorbona estudia la evolución del pensamiento español. Se avencinan los dos pueblos en el orden espiritual. Francia se interesa por lo ibérico, editores y revistas le consagran vigilante atención.

España enseña. Ningún Marinetti reniega de museos y sagradas vejees e impone la consideración de lo actual con frenesí, en la nación tramontana remozada; y así puede el extranjero asociar el amor a lo pretérito y la simpatía por el trabajo actual. Tantos amables peregrinos nos enseñan cómo trabaja la España moza, no contra el régimen, decía recientemente uno de ellos, sino fuera de la acción política del Directorio, en libre y saludable empeño. Se prepara así un firme renacimiento espiritual o, mejor dicho, asistimos ya a un extraordinario florecimiento de ideas y de formas donde lo castizo prepondera.

¿Avanza hacia un siglo de oro la nueva generación resuelta y lúcida? No lo sabemos. Se ha desnudado de su pesimismo, cree en la nobleza y en la eficacia de su esfuerzo. Sin renunciar a la crítica, afirma y construye. El afán demoleedor parece vencido por un impetu vernal. Se anuncia la publicación de dos diarios nuevos que defenderán doctrinas de la derecha, de reacción, frente a la abundancia de órganos del pensamiento liberal. Los jóvenes van a fundar una revista, *Nueva España*, heredera de esa otra *España* tan brillante de Ortega, de Araquistain, de tantos otros. Poderosas y flamantes casas de edición, como la Compañía Ibero-americana de Madrid, puede decirse que crean un mercado para sus libros, se dirigen a más vastas áreas del público, dilatan la curiosidad de

abundantes lectores. Cien mil ejemplares ha alcanzado la edición española del libro de Remarque *Sin novedad en el frente*. La literatura alemana sobre la guerra, en traducciones españolas, está destinada a apasionar al público peninsular.

Por otra parte, es más brillante y más segura la carrera del hombre de letras. El público lo sigue, se extiende su influencia, va constituyéndose esa clase de lectores que no vaca a la función de escribir o de enseñar y que se interesa, sin embargo, por el libro, la conferencia o el folleto.

La generación del 98 no abandona la estacada. Continúa escribiendo, dirigiendo la opinión, europeizando al país sin renegar de lo tradicional. *Azorín* se renueva, como en otro orden Marcel Prévost en Francia; y al otoñar escribe novelas donde aparece una nueva inquietud. Valle Inclán engarza una serie de libros semejantes a los *Episodios gallosianos* de los cuales surge la España de ayer suntuosa y traviesa, dividida en bandos, incierta entre el orden antiguo y el nuevo. Menéndez Pidal, que acaba de publicar el primer tomo de una admirable reconstrucción de la época del Cid, no abandona su obra de alta y sabia erudición, renovando la historia de la lengua y de la literatura vernáculas, rodeado de discípulos que pueden llamarse sus émulos, como Américo Castro, autor de un libro profundo de elegante construcción sobre *El pensamiento de Cervantes*. A Ortega y Gasset se dirige la gente de hoy para pedirle admoniciones y consejos, lo rodea, lo exalta y lo cita; pero él se mantiene distante, entregado a sus meditaciones, sin buscar seguidores. Es dictador, me decía en una ocasión un joven profesor de filosofía; dictador *malgré lui*. Ors anuncia la publicación de sus obras completas con el título de *Orbis pictus*, total descripción del mundo, amplia visión del continente europeo; y explica desde *La Gaceta Literaria* que en esa colección de sus libros distingue tres partes: una en que mostrará su pensamiento reducido a severa unidad.

(1) La Europa sin España y sin Rusia.